



Documentos de coyuntura del Área de Política (IDH-UNGS)

IDH | Instituto del Desarrollo Humano - Área Política

TERCERA ENTREGA

“Primer año de gobierno de Macri”

Documento

12

Macri en América Latina.
Una contribución argentina al cambio
de época regional

Martín Cortés

Documento

13

La sociedad es una red de afectos

Leonardo Eiff

Documentos de coyuntura del Área de Política (IDH-UNGS)

Documento
13 | **La sociedad es una red de afectos**
Leonardo Eiff

El cambio y el deseo	4
Otro posfundacionalismo	5
Palabras finales	6

Documentos de coyuntura del Área de Política (IDH-UNGS)

Documento

13

La sociedad es una red de afectos¹

Leonardo Eiff

“Tenemos que educar para el deseo y no para la crítica”
La evolución de la Argentina
Alejandro Rozitchner.

El reciente ensayo del *coach ontológico* presidencial Alejandro Rozitchner contiene una serie de aristas filosóficas y políticas que me interesa indagar. *La evolución de la Argentina*, aparecido en 2016, es un compendio de artículos y entrevistas que ambiciona sintetizar el programa político-cultural y, más en general, el tipo de sociedad que imagina el actual gobierno. El palmario estilo televisivo -voseo personalizado con algo de charla TED- guarda, sin embargo, un espolón que alcanza a lastimar la controvertida relación entre lo intelectual y lo político. Es un libro coyuntural y, como tal, vamos a tomarlo.

Son innumerables, y a menudo insondables, las hebras que forjan las acciones de gobierno. Un libro como este no condensa ni expresa el proyecto de poder ni la discursividad *multitarget* de Cambiemos; aunque no considero menos idealistas las conjeturas en torno a los arraigos de clase, las bases sociales o los actores interesados, admito el sesgo: voy a comentar un ensayo de un intelectual oficial, con despacho en la Casa Rosada, enfatizando en sus desbordes hacia la “realidad política”. Me interesan, ante todo, dichos desbordes. No sería difícil despellejarlos, al autor y al libro, someterlos a nuestra aceitada maquinaria crítica abastecida por el amplio sentido común progresista que pulula en nuestras universidades. ¿Un Nietzsche para Ceos? Lo leemos y sacamos el revólver. En rigor, no hay que anteponer la severidad del juicio crítico porque es allí donde Rozitchner, en su asumida desfachatez, nos aguarda para ensayar una risa rabelesiana anudada al placer mercantil. Texto insustancial, de acuerdo. Pero, en todo caso, sería oportuno, espejar su insustancialidad con nuestra impotencia. Fue escrito contra nosotros, contra el padre, va de suyo; contra la cultura de la crítica, entrevista en su racionalidad abstracta, vacía, muerta. Del otro lado de la frontera brota la vitalidad, las ganas de vivir, la salud mental de los que no se obsesionan con la política, con la historia, y tratan de llevar adelante sus proyectos personales. La grandeza de lo cotidiano contra la nimiedad obtusa de lo épico. La crítica no goza. “Acá sí que no se coge” se llamaba el bar psico-bolche en un recordado gag de Peter Capusotto (aunque parece ser una broma del gozoso peronista al verbalismo interminable de la izquierda).

Rozitchner escenifica una inversión de sentido, allí radica, creo, la complejidad del vigente momento político, entre el orden y el deseo. Libro de derecha que no está calibrado en el orden y la autoridad sino en el cambio y en el deseo. Las derechas clásicas organizan una narración decadentista de la historia nacional, un lamento ofuscado por las pérdidas, y claman por la hora de la espada, que restaure o reorganice. Enfatizan

¹ El título reproduce una frase pronunciada por el presidente Mauricio Macri en su discurso de inauguración de las sesiones ordinarias del Congreso de la Nación el pasado 1 de marzo.

en los valores, extraviados y a recuperar. Rozitchner también hace hincapié en los valores (las instituciones, la ley, el respeto), pero los conecta con el deseo, con las ganas de vivir. Así, extirpa el reino de los valores de la conservación, de la autoridad tradicional, del relato de los mayores, y lo sitúa en la mutabilidad del deseo: el valor del cambio. La izquierda es una variante del conservadurismo (Eduardo Grüner dijo que, tras el descalabro del modernismo, ser un conservador era la única manera de seguir siendo de izquierda. En otro sentido, por supuesto, pero iluminador respecto de la nueva situación histórico-espiritual: la revolución como pasado), un discurso inmovilista que se camufla en su autoproclamado *monopole du cœur*. El pedagogismo progresista desvitaliza los cuerpos, lo atiborra de normas y de indicaciones para situarse del lado bueno de la historia. Es un efecto, si se quiere, de la permuta temporal de la Revolución cuya validación sólo sucede en la por momentos asfixiante *cultura de la memoria*. La literatura nos ofrece varios ejemplos de la crisis terminal de esa pedagogía. Recupero dos: Carlos Correas, en el relato *Un trabajo en San Roque*, narra las desventuras de un viejo profesor ilustrado ante estudiantes indiferentes, provincianos y algo hostiles; y Pola Oloixarac monta una escena grotesca en *Las teorías salvajes* donde unos pibes chorros defalcan y brutalizan a un viejo militante de los 70, quien, como el Quijote al toparse con unos presos itinerantes, intenta ensayar un discurso sobre la emancipación popular.²

Rozitchner pesca bien el abrumador normativismo de lo políticamente correcto, las almas bellas ecológicas, pero no le antepone ninguna ironía aristocrática sino un vitalismo jocoso, inocente y algo caradura. El descaro que supone no indagar de qué manera su gobierno participa del consenso eco-capitalista sensiblemente progresista. El ademán propagandista del libro se lo obtura.

El cambio y el deseo

El cambio añade otra pepita al consenso desarrollista de las elites dirigenciales argentinas. Todas abogan por el cambio, las reformas, las mejoras, la evolución. Industrializarse o integrarse al mundo; los archipiélagos nacional-populares o liberales comparten las certezas de un destino cierto para el país de los argentinos (“condenados al éxito”). Aquiescencia de la que participa el mundo intelectual, con la honrosa excepción de Martínez Estrada: hay futuro para la Argentina. Por supuesto, si dejamos atrás tal o cual costumbre, tal o cual tradición política o práctica económica. Los enemigos a batir oscilan; no así el consenso histórico-trascendental. Que el populismo sea el contrincante ocasional de Rozitchner no merece mayor atención. Por el contrario, es sugerente su hincapié en el deseo. El pintor Daniel Santoro pensó deleuzianamente al peronismo: el placer y el goce de las masas, consumista y fiestero, gediendo, desafiaba la respetabilidad burguesa y el ideal proletario de los marxistas. Del texto de Rozitchner parece deducirse que el proyecto de poder de Cambiemos apunta a apropiarse de ese movimiento del deseo. En el nivel afectivo se está intentando dar la disputa política. El Gobierno no pretende ser una maquinaria de lectura de la historia sino un *régimen gerenciador de lo afectivo*. Se dirige menos a nuestros prejuicios que a nuestra afectividad. Propende a un modo de composición de los cuerpos acorde al goce capitalista. Enfrenta al país peronista pero no pleitea por las masas movilizadas (un tercer movimiento histórico), los sentidos del pueblo o los legados colectivos; su horizonte es el moldeo de las subjetividades. No se inscribe en el nivel de la representación, el teatro habitual de lo político. Por eso los análisis de discurso, amarrados al logos, fallan. No hay personajes, ni *ethos*, a escrutar. La explicitada relación entre deseo y política incita a alejarse de la remanida reflexión en torno a la larga agonía del *hombre público*. Mundo sin retórica; adiós Laclau. Que los muertos entierren a sus muertos.

² Cuando mi amigo Rocco Carbone era Director del Centro Cultural de la UNGS me invitó a que disertáramos en un Centro de Jubilados de San Miguel sobre “Bailando por un sueño”, el programa de Tinelli. Los señores y señoras mayores reaccionaron indignados ante nuestros sucesivos análisis, nos fueron increpando en un crescendo que casi, casi... Nos salvó la coordinadora del lugar al tomar la posta y pasar al siguiente número: la rifa de una torta. Antes de eso, mientras Carbone reflexionaba sobre el corte de polleras y los culos despampanantes y bamboleantes, un jubilado lo interrumpió vociferando: “por qué no hablas de los travestis en la ruta 8”.

Otro posfundacionalismo

En *El nuevo espíritu del capitalismo*, Boltanski y Chiapello revelaron antaño los usos posfordistas de la filosofía posestructural. Rozitchner se anima a congeniar el mundo filosófico, aprendido en el trajinar estudiantil y profesoral de la UBA, con la constelación político-gerencial del *hacer*. Tesis 11 sobre Feuerbach para la pequeña burguesía del siglo XXI (el libro tiene algo de eso: una interpretación y un llamado a la acción). Las resonancias filosóficas del texto son palpables: los afectos, la composición de cuerpos, la continuidad entre naturaleza y derecho, la afirmación, la inmanencia. Spinoza y Nietzsche asociados a la interpretación renovadora de Deleuze. No obstante, el filósofo alemán es la referencia principal. Los martillazos nietzscheanos contra el “ideal sacerdotal” y la “enfermedad histórica” son contrabandeados y lanzados contra el “pobrimismo” (el “miserabilismo” dirán los avezados sociólogos), el “buenismo”, la ideología de la victimización, la “moral de los derechos”, el culto opresivo de la memoria y la historia. En efecto: “se trata de la afirmación o la negación de la vida”. Sin duda es un Nietzsche *prêt-à-porter*, o mejor: “coacheado”. Sin embargo, Rozitchner leyó con astucia cierta saturación de la cultura política, histórico-crítica, argentina, que intentó recrear el kirchnerismo, en clave de promesas, contingencia y conflicto. Intuyó la fuerza del vitalismo frente al deshilachamiento de la ontología del discurso, que intentaba pincelar con una narración político-histórica combativa la integración económica a través del consumo.

Hay una frase, “*lo que guía a un gobierno es menos un discurso que un deseo, un querer*”, cuyos efectos se abren en dos niveles. El primero rumbea hacia la doctrina del entusiasmo, el hacer, la psicología positiva, el *coaching*, el emprendedorismo, la sensatez —“que las cosas sean lo que son”—, la cercanía y la positividad. Ya se dijo bastante sobre ello y se analizó oportunamente su novedad respecto de la tradición política argentina (por ejemplo en el libro *Mundo Pro*). Me interesa escrutar otra constelación posible cuya médula es el entrelazamiento entre productividad y deseo, una política de los cuerpos que va más allá de la conciencia discursiva o que opera en los agujeros de sentidos de la subjetividad, en las fallas simbólicas. El deseo configura la realidad. Sabemos que el capitalismo lo supo siempre, y mejor que sus alternativas radicales. Rozitchner pretende situar la política en ese nivel, donde el análisis de discurso no puede encapsular la *cupiditas* viboreante. La verdad radica en el nido de víboras de la subjetividad, decía León, su padre. El hijo prolonga esa perspectiva trocándola hacia la inmanencia mercantil del deseo. Así, el gobierno Pro no quiere convencernos de algo, no busca hegemonías, coyunturalmente pide confianza o paciencia, solo señala nuestro devenir subjetivo inherente al mercado, y con modestia apela al reconocimiento de ese núcleo de (nuestra) verdad. Mark Fisher, en su ensayo *Realismo capitalista* de 2016, argumenta que el fascismo o el stalinismo (podemos agregar el populismo) “no pueden concebirse sin propaganda, pero el capitalismo sí, y perfectamente: incluso, la propaganda puede sentarle mal y quizás el realismo capitalista funcione mejor cuando nadie lo defiende”. Ese es el realismo Pro y su modo de funcionamiento. Pero no nos confundamos: no quieren naturalizar nada sino explorar a fondo una dimensión de nuestra subjetividad deseante. La razón neoliberal, dirá Verónica Gago, activada cuando opera el deseo de devenir empresarios de nosotros mismos.

En fin, acaso la polémica política-militante de los años venideros se condense en la siguiente pregunta: ¿Cómo enfrentar las atracciones libidinales del realismo capitalista? Mark Fisher propone ensayar una contralíbido que logre zafar de la deslibidización depresiva, típica del lenguaje crítico-intelectual en “tiempos de derrota”, y para ello cuenta una historia. El movimiento *Occupy London Stock* fue vapuleado con sarcasmos por el uso intensivo que hacían los manifestantes del *iPhone* y del café *Starbucks*. Fisher comenta que el éxito abrumador del realismo capitalista consiste en identificar el deseo de un objeto tecnológico con el deseo de capitalismo a secas y responde (sin dejar de recordar la fascinación de Lenin por Taylor o de Gramsci por Ford que cancela la crítica al capital con una postura antitecnológica) dándole una connotación positiva a epítetos como *radical chic* y *socialismo de diseñador*, “porque justamente fue la homologación del diseño con el modo de producción capitalista lo que hace parecer al capitalismo como la única forma de modernidad posible”. En suma, señala Fisher: “la fuerza casi hidráulica del deseo se opone al impulso derrotista hacia la preservación, la protección y la defensiva que resulta típico de la izquierda”. ¿Muy lejos nuestro? Probablemente. Entre nosotros, nos obstinamos en anteponer el humanismo y el historicismo, cuya máxima resonancia radica en el pensar crítico-trágico del maestro González (también en el reformismo modernista de Sarlo).

Pero estos últimos ¿no tropezaron gravemente en el anterior intento gubernamental por movilizarlos para morigerar el realismo capitalista? El libro de Rozitchner introduce una interpretación, acaso revele algo de su elaboración dentro del sector liderado por Marcos Peña, del divorcio kirchnerista entre retórica y deseo. ¿Podemos volver a suturarlo tras la derrota con el rostro manoseado del humanismo crítico o con las ajadas leyendas nacional-populares? ¿O habrá que dejar correr el deseo, su fuerza hidráulica, e irlos a buscar allí donde no nos esperan?

Palabras finales

Concluyo con dos destellos que desocultan en parte el enigma. Pero antes recojo la advertencia del economista crítico en torno al capitalismo realmente existente entre nosotros, que es, lo sabemos, una fantochada. El muy probable estropicio de la vigente política económica no tiene por qué afectar el *realismo capitalista*, puesto que la subjetividad deseante es estructurante; allí dirime el capital su legitimidad antes que en macroeconomías venturosas. Vuelvo. El primer destello se percibe en la potencia del *movimiento de mujeres*: otra manera de “poner el cuerpo”, que organiza una constelación subjetiva diferente, disidente. Desborda no solo al actual proyecto de poder macrista sino también a los que se autoinstituyen como contraparte: sectores y dirigentes populares amparados en las homilias nacional-populares del Obispo de Roma. El segundo, me aventuro a plegarlo al *deseo de Estado* (tomo la expresión de Foucault, quien se topó con ese deseo a partir de sus estudios de la gubernamentalidad), esto es: la apuesta política por la producción estatal de subjetividad. Producir el destiempo. La imaginación estatal es anacrónica, qué duda cabe, pero no se trata de actualizar su potencia inventando un Estado acorde a la ontología posfundacional ni pergeñar una actualización “bienestarista-desarrollista” –como ya se intentó infructuosamente–; más bien, es dable auscultar una eficacia que es tal porque no pertenece al nivel de sentido, realista capitalista, en el que acostumbramos pensar. El Estado tiene otra semántica. Y es esa otredad, *lo universal-político*, la que habría que movilizar si pretendemos dinamizar la politicidad del pensamiento crítico.

En suma, mi escueta panorámica es contradictoria; ojala fuera en sentido hegeliano. Pero no. ¿Hay que elegir? Elijamos.